

Educación: la mejor herencia. Decisiones educativas y expectativas de los padres de familia. Una aproximación empírica. Juan Ansión, Alejandro Lazarte, Sylvia Matos, José Rodríguez, Pablo Vega-Centeno, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1998, 277 pp.

El libro que comento¹ tiene para mí un significado muy especial por el inmenso gusto que me da que se ponga una vez más en el centro del debate el tema de la educación. Como dicen las primeras líneas del texto, "la idea de que la escuela es un requisito indispensable en el camino hacia el progreso ha movilizad o grandes energías en el Perú del presente siglo". Es cierto; desde las ciudades, desde sus barrios ricos y pobres, desde los pueblos, desde las comunidades y caseríos campesinos, y también desde el Estado, cientos de miles de padres de familia, de maestros, de niños, niñas y jóvenes, y probable-

mente varias centenas de autoridades han desplegado, a lo largo del siglo, cuantiosas energías en función de la educación.

Se trataba, con marchas y contramarchas, de que los hombres y las mujeres, de diversas condiciones sociales, lenguas, razas y culturas de nuestra población peruana accedieran a una escuela y obtuvieran allí herramientas para ser y hacer algo mejor. Si nos tocara hacer un balance, tendríamos que señalar que entre ganancias y pérdidas, el saldo, hacia finales del siglo, resulta sin duda positivo. Sin embargo pudo ser mejor, pudo ser mucho mejor. Con el deterioro de la calidad educativa que acompañó a su expansión, la fortuna atesorada en las primarias y secundarias completas y hasta en los títulos profesionales fue convirtiéndose peligro-

1 Este comentario fue leído el 27 de octubre de 1998 en la presentación del libro en el Centro Cultural de la PUCP.

samente en moneda devaluada y los certificados de estudios parecían ser bonos expresados en millones de intis o de esos soles antiguos con los que poco se podría comprar.

Esta situación implicaba un riesgo: el riesgo del desaliento, el riesgo de que los padres y las madres de familia reconsiderasen los esfuerzos puestos en la educación de sus hijos, el riesgo de que el pragmatismo, la urgencia y el inmediatismo sustituyesen el proyecto a futuro en el que cobra sentido la apuesta por la educación. Citando textualmente una línea de las conclusiones, (los hechos) “permitían sospechar que la tradicional pasión por la educación estaba declinando en el país”.

Me parece interpretar que el título que ha puesto Juan a su nueva publicación, “Educación: la mejor herencia”, busca precisamente transmitarnos un mensaje alentador. Como ha sido recogido en su investigación, las sospechas pesimistas con relación al desencanto frente al valor de la educación, no se confirman. Cuando se les pregunta cuál sería la principal herencia que ellos dejarían a sus hijos, el 86% de los padres encuestados contestó que sería su educación y un 9% adicional incluyó la educación junto con otras respuestas (p. 213); o sea, según estas cifras, un 95% de los jefes de hogar de Lima sigue otorgando muy alto valor a la educación. Me queda la curiosidad, y la señalo de una vez al paso, de qué habría sucedido si entre las opciones de respuesta cerrada se hubiera incluido la referencia al capital o al dinero, categoría que estuvo ausente cuando se preguntó “cuáles cree que son los recursos

más importantes para obtener un buen nivel de vida”. Es probable que las respuestas registraran un sesgo distinto y, sabiendo que los recursos económicos permiten sin duda el acceso a la mejor educación, que en opinión de los encuestados es la que ofrecen los colegios religiosos exclusivos, la combinación ganadora incluyera probablemente al dinero y a la educación.

La información que sustenta el estudio está referida exclusivamente a Lima Metropolitana, explicándonos los autores que más allá de las cuestiones prácticas que los llevaron a trabajar solo la capital, es claro que hablar de Lima es ya referirse a un “espacio gigantesco de encuentro entre personas de las procedencias más diversas”. Por los orígenes de su población, por la alta presencia de los migrantes, por los contrastes y las diferencias sociales de la población que alberga, Lima es en sí un conglomerado complejo y un mosaico interesante en el que curiosamente se encontrará amplio consenso en relación con las expectativas educativas.

En cuanto al tipo de datos recogidos y analizados, el estudio logra una acertada combinación entre el uso de una encuesta aplicada a una muestra representativa de padres de familia de Lima que tuvieran hijos en edad escolar y el complemento que ofrece la realización de entrevistas abiertas a una submuestra de padres, seleccionada al azar. Así, en una suerte de contrapunto entre el procesamiento estadístico de la encuesta y el discurso coloquial que proporcionan las entrevistas, Juan y sus compañeros del equipo de investigación nos hablan centralmente de cinco te-

mas. Estos temas están referidos a la elección de la escuela, a los criterios de selección de los padres, al papel de los padres en el desempeño escolar de los hijos, a su opinión sobre los profesores y a lo que se espera de la escuela.

El libro que comentamos tiene el gran mérito de poner en nuestras mesas de trabajo y en el amplio espacio de la difusión editorial las voces, las palabras de los padres y las madres de familia con relación a la educación de sus hijos e hijas. Pero quiero recalcar que en esas voces se puede leer tanto la terquedad de sus esperanzas como la persistente amenaza de sus frustraciones.

De la gran cantidad de información presentada y laboriosamente analizada, quisiera hacer hincapié en algunos puntos que han llamado especialmente mi atención, dejando obviamente en el teclado muchas evidencias sugerentes que no podría ahora tratar.

En primer lugar, cabe destacar el protagonismo de las madres en cuanto a la educación de sus hijos e hijas: ellas parecen ser decisivas en la selección del colegio, en la ayuda cotidiana a los niños, en el vínculo con los maestros, y, cómo no... en la asistencia y el dinamismo de los comités de aula y de las asociaciones de padres de familia (APAFA); ellas hacen los trámites y las matrículas, alistán a los chicos para la escuela, revisan las tareas que pueden, recaudan cuotas, organizan actividades, preparan fiestas y homenajes, hablan con los profesores. Por esto me siento reivindicada. Habiendo acompañado el largo proceso educativo de mis tres hijos, llegué hace tiempo a la conclusión de que las APAFA debieron siem-

pre llamarse AMAFA y nunca dejó de molestarme que en todos los comunicados y las libretas de notas que venían del colegio se pedía la firma del Padre o Apoderado, pero nunca la de la madre.

En segundo lugar, los padres de los hogares de Lima consideran que los atributos más importantes de un buen colegio primario son, según el orden siguiente, "que ofrezcan buenas matemáticas", "que tenga equipamiento de laboratorios, computadoras y bibliotecas", "que haya disciplina", "que enseñen computación" y "que den formación laboral". Para el colegio secundario, a las consideraciones ya dichas se pone por delante "la buena preparación para la universidad". Eso es lo que quisieran encontrar en la escuela de sus hijos. Preocupa que no aparezcan en este primer *ranking* de prioridades, elementos como el cariño, el respeto, el cuidado a los niños y jóvenes. Además intuyo que muchas de las condiciones enunciadas por los padres no se cumplen, sobre todo en las escuelas públicas y aun en muchas de las escuelas privadas que existen en la ciudad, y sin embargo allí están diariamente los niños y jóvenes, cumpliendo con el mandato social de incrementar su escolaridad. En pequeños centros educativos unidocentes y multigrado de caseríos y comunidades que hemos venido observando últimamente, no está todavía plenamente consolidada una relación oportuna y sostenida de las niñas y los niños con la escuela y allí las expectativas sobre el buen colegio son bastante más modestas. Quieren que enseñen a leer y escribir, que aprendan el castella-

no, que no falten los maestros. Si esas condiciones no se logran, el riesgo de *ruptura de la precaria relación con la escuela* es muy alto pues el tiempo escolar compite con el requerimiento del niño como trabajador agrícola y de la niña como pastora o precoz madre y ama de casa.

Otro punto que resulta sorprendente es la contundencia con que los padres atribuyen el fracaso escolar o la repitencia a ellos mismos o a los niños. Según la encuesta aplicada en el estudio, un 62% de los entrevistados considera que los padres son los responsables de la repetición del año escolar o del aplazamiento en algún curso; un 47% indicó que son los propios niños, que no se esfuerzan, que flojean. Sólo un 17% atribuye la responsabilidad al colegio. Quizá faltó una pregunta de nexo que permitiera hacer el contraste entre la imagen ideal de los padres y la evidencia del servicio educativo que obtienen. En todo caso, limitándonos a la información recogida podríamos interpretar que existe una actitud acrítica, apática o conformista de los padres de familia de Lima en relación con el servicio educativo que obtienen. Si así fuera, es una alerta pues las posibilidades de dar valor real, y no solo simbólico, a la herencia educativa encontrarían serias limitaciones.

Esto último lo relaciono con otra cuestión que recoge el estudio: qué nivel educativo aspiran para sus hijos (p. 221). Nadie quiere que se queden con primaria; apenas un 5% considera suficiente la secundaria, un 25% opta por una carrera técnica y la gran mayoría de entrevistados, lo que alcanza al

70%, desea para sus hijos, sean hombres o mujeres, un título universitario. Recuerdo que ya en el año 72, dos décadas y media atrás, una encuesta del Ministerio de Trabajo reportó una cifra comparable: un 70% de los padres deseaban que sus hijos tuvieran educación superior. Es probable que muchos de los jóvenes de los años setenta efectivamente lograran su aspiración. Pero sospecho que se mantiene una gran distancia entre estas altas expectativas y sus posibilidades de obtención y que esta brecha es casi tan importante como la que existiría entre el colegio ideal y al que de verdad se accede. Las últimas cifras de la Encuesta de Hogares del año 1997 reportan para los jóvenes de 17 a 19 años de Lima Metropolitana un promedio educativo de 8,8 años; es decir, a la edad en que comienzan a declinar las tasas de asistencia a los centros educativos los jóvenes no han alcanzado todavía a completar su secundaria. Y aquí habría sin duda una fuente de frustración.

Si buscamos que *no* se congele la fuerza movilizadora de la educación, el momento parece contradictoriamente propicio y a la vez muy difícil. Existe, por un lado, un cierto concierto mundial en favor del relanzamiento de la educación; múltiples eventos y conferencias internacionales así lo indican. Muchos de los aquí presentes debemos haber compartido el temor de que nuestro país no sea capaz de llegar a tiempo al banquete; es decir de que, justamente cuando parecen movilizarse recursos para universalizar la educación básica, para incorporar masivamente a las niñas al proceso educativo, para atender ade-

cuadamente a las poblaciones de nuestras múltiples culturas, el deterioro de la educación nacional hubiera ya desalentado a muchos padres de familia y el mal uso político de las políticas educativas prevalezca sobre una adecuada orientación de la educación nacional. Existe, por otro lado, una situación social y económica difícil que configura un contexto adverso en el que escasean las posibilidades de que el logro de más y mejor educación encuentren un correlato en el acceso al bienestar.

Para sostener el optimismo frente a este conflictivo escenario, quiero terminar citando las expresiones de un señor muy anciano de Mayubamba, en el

Cuzco. Éstas fueron referidas por Juan en su estudio sobre la escuela en la comunidad campesina; me impresionaron mucho y nunca las olvidé: “antes —decía el sabio anciano— tenía hartos animales y el ratero se lo ha terminado. En cambio, cuando estudian ¿acaso el ratero va a poder llevar tu cabeza?”. La educación, según interpreto, era para él aquella riqueza que a diferencia de otras riquezas, pasa a formar parte de uno mismo y es por tanto inalienable.

Con estas sencillas reflexiones, agradeciendo a Juan y su equipo por su valioso trabajo, los invito a leer el libro.

(Carmen Montero)

Justicia comunal en los Andes del Perú. El caso de Calahuyo.

Antonio Peña Jumpa, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1998, 389 pp.

¿Cómo se hace justicia en una comunidad campesina? Esta es la pregunta que el autor responde minuciosamente a través de una *etnografía jurídica*, realizada en la comunidad de Calahuyo (Huancané, Puno), entre 1988 y 1990. El libro, que consta de cuatro partes, presenta algunos aspectos importantes que quisiera subrayar aquí.

En la primera parte el autor define la justicia, el derecho y el orden jurídico. Por un lado, la justicia es definida como aquella armonía, cierta congruencia, proporción o equidad, incluso con

el cosmos, concebida por los individuos de un grupo social (p. 48). Por otro lado, a partir de su propio concepto de justicia, el derecho es entendido como el conjunto de reglas o normas validados por un grupo social determinado (p. 55). Finalmente, dentro de esta perspectiva, el orden jurídico es la organización de las decisiones “justas” o de las reglas o normas jurídicas que un grupo social hace suyas (p. 59).

El concepto de justicia, a la vez que recoge la tradición aristotélica del orden y la armonía, es presentado den-